

14. EL SIGNIFICADO METAFÓRICO: UN RETO PARA LAS TEORÍAS DEL SIGNIFICADO¹

Esther Romero y Belén Soria

Es de esperar que una teoría de la metáfora especifique las características peculiares de la metáfora.² Lo que en la bibliografía se reconoce como distintivo de la metáfora es que se relaciona con una habilidad humana específica, el razonamiento analógico.³ Independientemente de si las preferencias metafóricas son preferencias de oraciones o de expresiones no oracionales, de si son referenciales o no referenciales, de si son negativas o afirmativas, etc., en todos los casos, la metáfora involucra un tipo de analogía. El razonamiento analógico en metáfora consiste en usar información sobre un asunto para redescubrir otro con el que esa información no está conectada. Una teoría del proceso de producción e interpretación de las preferencias metafóricas debe especificar, por ello, cómo esa analogía

1 La elaboración de este capítulo es parte del trabajo realizado en el proyecto FFI2011-26418, subvencionado por el gobierno español desde el Ministerio de Ciencia e Innovación.

2 Esto podría ser obvio, si no fuese porque hoy día hay autores que defienden que no hay nada peculiar en la interpretación de la metáfora. Por ejemplo, Wilson y Carston dicen que «[...] no hay un punto de división claro entre preferencias “literales”, aproximaciones, hipérbolos, metáforas, y todas se interpretan del mismo modo [...]» (2006: 406).

3 Ya Black dijo que «[...] en toda metáfora se puede decir que media una analogía o estructura de correspondencia» (Black, 1977: 455). Como desarrollos más recientes de esta idea, véase Gentner (1983), Indurkha (1992) y Bowdle y Gentner (2005).

toma forma y cómo gracias a ella aparecen, en caso de que así sea, los a veces llamados «significados metafóricos».

En este capítulo, sin embargo, no vamos a entrar en los detalles del proceso usado para producir e interpretar metáforas. Más bien nos centraremos en el problema de qué papel juegan los significados metafóricos en la teoría del significado. Los significados metafóricos, en caso de que sean requeridos para la correcta explicación del uso metafórico del lenguaje, plantean preguntas tales como si pueden ser significados lingüísticos de la expresión o deben ser significados del hablante relacionados con sus actos de habla o preferencias verbales y, en el caso de que fuesen caracterizables como significados del hablante, si intervienen en el plano del decir o en el plano del implicaturar.

Pues bien, en relación con estas cuestiones defenderemos la utilidad de la noción de *significado metafórico* para dar cuenta de algunas de las características propias del uso metafórico del lenguaje, rechazaremos su posible caracterización como un significado lingüístico para defender que contribuye al significado del hablante, y daremos argumentos para mostrar que el resultado de la interpretación metafórica, «el significado metafórico», está involucrado en contenidos proposicionales cuyas características o rasgos son en mayor medida rasgos de los contenidos proposicionales dichos que de los implicaturados.

Estos objetivos nos llevan a estructurar este capítulo del siguiente modo. En primer lugar, consideraremos propuestas teóricas que permiten mostrar las distintas opciones que actualmente se defienden en relación con el papel que el «significado metafórico» desempeña en las teorías del significado. En segundo lugar, expondremos la propuesta sobre metáfora como implicatura de Grice (1975) y veremos los problemas que se le han atribuido. Esto permitirá reelaborarla para subsanar algunos de sus defectos, reelaboración que tendrá como resultado una nueva explicación dentro de la teoría de la metáfora como implicatura. Terminaremos esta sección señalando que las medidas que los teóricos de la implicatura han de adoptar conducen a una propuesta compatible con aquella en la que se defiende que el significado metafórico interviene en el contenido proposicional dicho. Esto nos mueve, en tercer lugar, a considerar los argumentos que permiten elegir entre una de estas dos posiciones. Plantearemos cuáles son los rasgos de los contenidos proposicionales metafóricos,

independientemente de si se explican como implicaturas o contenidos dichos. Al comparar los rasgos de los contenidos proposicionales metafóricos con los de la implicatura y con los de lo dicho, alcanzaremos la conclusión de que poseen las propiedades que usualmente se le atribuyen a lo que se dice. Por ello, defenderemos la propuesta de que con las metáforas se representa directa aunque no literalmente contenidos proposicionales, justo lo que niega la propuesta de la implicatura en metáfora. Las metáforas deben concebirse como casos con los que lo que se dice se dice metafóricamente. Esta propuesta no nos convierte, como veremos a modo de conclusión, en contextualistas con respecto a la metáfora porque, a nuestro juicio, el proceso proposicional requerido para alcanzar lo que se dice metafóricamente está demandado obligatoriamente al menos desde el punto de vista veritativo-condicional.

14.1. Teorías del significado metafórico

Una característica común a muchas de las teorías sobre metáfora que se han presentado en la bibliografía hasta ahora es que mantienen que el recurso metafórico explota el cambio de significado de los vocablos o, como a veces se denomina, «transferencia». Lo que hace diferentes a la interpretación metafórica de la literal es la aparición del significado metafórico, significado que caracteriza al contenido proposicional comunicado de «metafórico». Pero ni la necesidad de dicho significado para explicar el funcionamiento de la metáfora es obvia, ni en caso de que se reconozca su necesidad es fácil determinar las características de dicho significado.

En general, cuando se trata el tema del significado metafórico, se suelen mantener dos actitudes: la que no admite la existencia de significados metafóricos, reduciendo todo al significado literal, y la que la admite. Al primer grupo pertenecen teorías de la metáfora como la de Davidson (1978) y Cooper (1986). En el segundo grupo se incluyen aquellas teorías según las cuales el recurso metafórico explota el cambio de significado de los vocablos. Aquí caben, por un lado, enfoques, como el de la retórica clásica, en el que se admite que las palabras tienen un significado literal y otro metafórico que caracteriza a la metáfora y, por otro, teorías, como la de Black (1954), Goodman (1968), Searle (1979), Gentner (1983), Sperber

y Wilson (1986), Kittay (1987), Indurkha (1992), etc., en las que se admite que un vocablo adquiere un significado distinto, que se puede llamar «metafórico», a partir de su significado convencional.⁴

De este modo, hay autores que, siguiendo a Davidson (1978), mantienen que el significado metafórico no es útil para explicar la contribución al significado del uso metafórico del lenguaje, independientemente de cuáles sean las características que se le atribuyan. Según este autor, este uso del lenguaje se relaciona, como todos, únicamente con el significado literal. Lo que caracteriza al uso metafórico del lenguaje no es algún tipo de significado distinto del literal sino que este significado literal inspira o dispara la intuición, invitándonos a ver una cosa como otra. Por medio del uso metafórico, el hablante insinúa que hay una cierta semejanza entre dos asuntos. Esta insinuación no constituye, sin embargo, un significado. Las metáforas, como dice Davidson (1978: 31), significan lo que literalmente significan sus portadores y nada más. Una metáfora no dice nada más que lo que dice literalmente. No hay significados metafóricos ligados a las palabras que se atribuyen inapropiadamente a otra cosa, a las palabras llamadas «vehículos metafóricos», porque utilizar y comprender una metáfora es un esfuerzo creativo que no está guiado por reglas. Lo que las metáforas añaden cuando se convencionalizan origina un significado pero, en el mismo momento de la convencionalización, es ya un significado literal.

Si Davidson insiste en negar la operatividad de los significados metafóricos es porque, a su juicio, las explicaciones de la metáfora que apelan a tal noción son vacuas: no es el significado metafórico el que nos permite entender una preferencia metafórica sino que cuando la entendemos, llamamos a esto que entendemos «significado metafórico». El significado literal y las condiciones de verdad tienen, en contraposición, poder explicativo genuino porque pueden asignarse a las palabras y a las oraciones sin tener en cuenta las condiciones de uso. Una prueba más de la falta de operatividad de los significados metafóricos, a pesar de lo que se pudiera pensar, es la imposibilidad de encontrar paráfrasis literales para la mayoría de los usos metafóricos porque esta imposibilidad es, según Davidson, índice de que no hay nada que parafrasear.

⁴ Para una información más detallada sobre algunas de las teorías del significado metafórico señaladas, véase Romero (1990/91).

Hay, sin embargo, varias críticas que pueden neutralizar esta propuesta. Con respecto a la idea de que no hay paráfrasis literales de la metáfora porque no hay nada que parafrasear, se podría decir que muchas expresiones literales no son parafraseables a otra expresión literal y esto no significa que no expresen un contenido literal. La incapacidad de parafrasear una preferencia metafórica es compatible con saber qué expresa, con que exprese algo y con que eso que expresa sea un contenido metafórico. Otro de los aspectos objetables de la teoría de Davidson es su empeño en que la metáfora cumple su función sin por ello decir nada más que lo que se desprende del significado literal de los vocablos de la expresión usada, bajo el supuesto de que se les puede asignar a las palabras y a las oraciones condiciones de verdad sin tener en cuenta el contexto. Este supuesto, sin embargo, no es aceptable hoy día tal y como pone de manifiesto la tesis de la infradeterminación de lo que se dice con respecto al significado lingüístico (Carston, 2002: 19-21). Para que las oraciones puedan fijar condiciones de verdad literales, se necesita en la mayoría de los casos información contextual. Una vez que se admite la necesidad de información contextual para determinar las condiciones de verdad literales, se podría admitir su presencia para la interpretación metafórica. Davidson, no obstante, rechazaría sin dudar esta última posibilidad porque cree que la interpretación de metáforas no está sometida a reglas o principios interpretativos que puedan producir un significado provisional de un vocablo, intervenga este en lo que el hablante dice o en lo que el hablante implicatura. Efectivamente, las palabras significan lo que significan pero esto no exige que su uso por parte de los hablantes no pueda activar en ellas un cambio de significado meramente provisional, explicable conforme a reglas o procesos de interpretación.⁵ Esos nuevos significados para las palabras, resultados de su «pluriempleo», como diría Goodman (1979), forman parte del significado

5 De hecho, esto será lo que defiende Searle (1979). Para él, las palabras en la metáfora significan lo que significan, aunque admitirá «significados metafóricos» considerados como productos de la intención del hablante. Si los significados metafóricos intervienen en lo que se implicatura, no hay problema en defender la propuesta davidsoniana de que las metáforas significan lo que literalmente significan sus portadores. Ahora bien, esta tesis podrían también defenderla autores que admitan que lo que se dice puede decirse no-convencionalmente: el significado metafórico intervendría en lo que se dice no-convencionalmente y las palabras seguirían significando convencionalmente lo que significan.

del hablante. Si el significado del hablante está infradeterminado semánticamente, la aparición de significados metafóricos puede incluirse en una teoría del significado que tenga en cuenta algo más que el significado convencional del léxico.

Las propuestas que defienden la utilidad de los significados metafóricos mantienen que hay algún proceso para la producción e interpretación metafórica cuya aplicación cambia el significado de alguna parte del portador metafórico, resultando en un significado metafórico diferente del significado literal de esa parte. Un portador metafórico es una preferencia (o una expresión en algunas teorías) que se identifica como metafórica y que comunica, según la mayoría de los teóricos, un contenido proposicional metafórico. (1):

- (1) [A, que no sabe si coger el paraguas, le pregunta a B qué tal tiempo hace y B emite]: El cielo está llorando,

es una preferencia y al ser identificada como metafórica sería un portador metafórico. Se suele distinguir entre portadores metafóricos, segmentos metafóricos y vehículos metafóricos. Un *segmento metafórico* es cualquier parte de un portador metafórico. En (1) son segmentos metafóricos «El cielo» y «está llorando». Un *vehículo metafórico* es un tipo especial de segmento: es la parte de la preferencia (o la parte de la expresión) que, tomada literalmente, indica a los hablantes que algo se atribuye inapropiadamente a otra cosa, es la parte usada metafóricamente de un portador metafórico. En (1), «está llorando» es el vehículo metafórico. Las teorías más representativas que a lo largo de la historia han defendido la existencia de significados metafóricos concuerdan en lo que consideran vehículo metafórico, término introducido por Richards (1936), y concuerdan en proponer que son los vehículos metafóricos los que se relacionan con el significado metafórico.

Pues bien, las propuestas que defienden que en las metáforas se produce un cambio de significado para al menos el vehículo metafórico pueden clasificarse mediante el papel que el significado metafórico juega en el contenido proposicional que se comunica; el significado metafórico puede ser un ingrediente de lo que se dice o de lo que se implicatura. Según la primera propuesta, el hablante quiere decir lo que dice metafóricamente. Según la segunda, el hablante hace como que dice literalmente una cosa para querer decir o «significar» otra.

Cuando el significado metafórico se entiende como parte del contenido que se implicatura por una preferencia metafórica, el proceso pragmático de interpretación se considera inferencial. Las palabras no obtienen un valor semántico diferente del que usualmente tienen; más bien, lo que se quiere decir tiene un contenido distinto de la proposición literalmente expresada por la preferencia, un contenido que resulta de inferencias pragmáticas que dependen del seguimiento de un principio pragmático. Los dos principios usados son: el Principio Cooperativo y el Principio de Relevancia.

No todos los autores que han recurrido al Principio Cooperativo para explicar cómo se elaboran los significados metafóricos, sin embargo, han recurrido a los mismos mecanismos para explicar cómo el proceso inferencial alcanza la implicatura metafórica o cómo se calcula. La semejanza fue el mecanismo, siguiendo la propuesta de la retórica clásica, elegido por Grice (1975). Searle (1979) recurrió a una serie de principios heurísticos y Kittay (1987) defendió el proceso, que ya introdujera Black (1954), de la interacción que especifica cómo debe entenderse la semejanza. En general, se puede decir que los autores que han defendido el literalismo, la propuesta que solo acepta en lo que se dice información contextual demandada obligatoriamente por las propiedades semánticas de la oración proferida, han defendido también que el significado metafórico no está demandado obligatoriamente y forma parte de la implicatura.⁶ Una excepción en este punto la marca un autor como Stern (2006), en tanto que se denomina a sí mismo «literalista», pero considera que los significados metafóricos están demandados obligatoriamente y forman parte de lo que se dice. Defender que lo que se dice puede decirse metafóricamente, no convierte por ello a su defensor en contextualista.

Cuando, como ilustran Sperber y Wilson (1986) en la Teoría de la Relevancia Inicial (TRI), el Principio de Relevancia es el que se sigue en la recuperación inferencial del significado del hablante, la preferencia metafórica contribuye solo con implicaturas que dependen de que hayamos relajado las condiciones de aplicación del concepto usado metafóricamente. Este pierde uno o más de sus rasgos y se queda con aquellos que se

6 Autores como Stanley (2005) defienden esta propuesta.

aplican literalmente al tema del que se habla. Estos últimos son los que intervienen en las implicaturas. No obstante, este tipo de inferencia no caracteriza solo a la metáfora; la hipérbole y la aproximación también se interpretan así.

En oposición al enfoque del significado metafórico como parte de un contenido implicaturado, se ha mantenido que el significado metafórico forma parte de lo que se dice. En este enfoque, con una metáfora el hablante quiere decir lo que dice metafóricamente; lo que se dice no siempre se dice literalmente. Se rechaza así que lo que se dice solo pueda decirse literalmente, se rechaza el presupuesto básico de la recuperación de las implicaturas conversacionales «metafóricas» (Romero, 1992). Este presupuesto puede ponerse en duda, por ejemplo, apelando a los criterios de identificación de los distintos fenómenos del lenguaje, criterios que establecen cuál es la interpretación que debe dársele a una preferencia sin pasar necesariamente por la literal.⁷

Más, defender que lo que se dice no es siempre lo que se dice literalmente supone, en principio, ser un contextualista, al menos en el siguiente sentido: «Según el contextualismo, el contraste entre lo que el hablante quiere decir y lo que literalmente dice es ilusorio, y la noción de “lo que una oración dice”, incoherente. Lo que se dice (el contenido veritativo-condicional de la preferencia) no es más que un aspecto del significado del hablante. Esto no es negar que *haya* un contraste legítimo que delinear entre lo que el hablante dice y lo que él o ella meramente sugiere» (Recanati, 2004: 4).

Para el contextualista lo que el hablante dice no lo dice siempre literalmente. La posición más obvia a favor de que se puede hablar de lo que se dice no literalmente es la defensa de la legitimidad de la noción de *lo que se dice metafóricamente*, pero esto, como veremos, no es suficiente para ser un contextualista.

No parece plausible que el contextualista defienda, como los clásicos hicieron, que algunas palabras tienen, además de su significado convencional-literario, un significado lingüístico metafórico que puede coincidir

7 El problema de la identificación metafórica es saber si hay criterios que determinen que algunas preferencias deban ser interpretadas metafóricamente y no de otro modo.

con el significado literal de alguna otra palabra y que es el que interviene en lo que se dice metafóricamente. Para interpretar (1), según esta perspectiva, lo único que hay que hacer es elegir el significado metafórico de «llorar», un significado distinto del que propiamente le corresponde, que coincide con el significado literal de «llover», término ausente al que sustituye. La razón por la que coincide con el significado literal de «llover» es la semejanza entre el llanto y la lluvia.

Si se sigue esta explicación, la interpretación de una metáfora meramente requiere un proceso de desambiguación entre dos significados establecidos: el convencional-literal y el convencional-metafórico. Lo único que hay que hacer para interpretar (1) es elegir el significado metafórico de «llorar» en vez de su significado literal. Pero esto no lo podría admitir un contextualista. La propuesta de la retórica clásica no sería aceptable para él porque la desambiguación es un proceso donde la información contextual solo sirve para elegir entre distintas opciones que están establecidas y no penetra en el significado del hablante. El contextualista mantiene que lo que se dice no siempre se dice literalmente porque la información contextual penetra en lo que se dice sin que las propiedades lingüísticas la reclamen.

Ahora bien, el problema de la propuesta de los clásicos, que encajaría en lo que Black (1954) denominó «enfoque sustitutivo», no es que no sea una propuesta contextualista de la metáfora sino que no puede explicar su comportamiento. Como el mismo Black mostró, el mecanismo metafórico de sustitución propuesto solo puede reconocerle a la contribución metafórica un valor puramente ornamental o de catacresis, negando así un valor cognitivo propio al tipo de razonamiento que se piensa que caracteriza a muchas metáforas: la analogía. Además, Black también señaló que si la semejanza, por ejemplo, entre el llanto y la lluvia es la razón por la que el significado metafórico de un vocablo, en este caso «llorar», es el significado convencional de otro, en este caso «llover», entonces el significado metafórico de un vocablo podría ser el significado de cualquier otro, ya que en cierto sentido todo es semejante a todo. No es explicativo admitir que el significado metafórico se deriva del significado literal por semejanza de este con el primero, si no se explica detenidamente en qué consiste tal semejanza.

Además, la propuesta de que el significado metafórico es uno de los significados convencionales de un término es inaceptable si se hace notar

que las preferencias de monolexemas o de ciertas unidades léxicas solo son metafóricas cuando esas unidades léxicas aparecen en un contexto inusual (Romero, 1991). Esto supone que el significado metafórico del monolexema proferido no puede estar relacionado con él convencionalmente y si el significado metafórico de tal unidad léxica no puede estar relacionado con dicha unidad convencionalmente, lo que caracteriza a esta relación, en caso de que admitamos su existencia, es su no-convencionalidad (Romero, 1990/1991: 60). Esto implica que los significados figurados metafóricos, que mantienen una relación convencional con el léxico, no pueden caracterizar a los significados metafóricos que se asocian a las palabras que se incluyen en una preferencia metafórica. El recurso metafórico debe explotar algún cambio de significado en los vocablos en el sentido de cambio desde una relación convencional a una no-convencional. De este modo, el significado de una unidad léxica que actúe como vehículo metafórico ha de ser distinto a cualquiera de sus significados convencionales.

El rechazo de Black al enfoque sustitutivo llevó a la elaboración de propuestas que tenían como objetivo explicar la producción del significado metafórico de un modo que se hiciera justicia al valor cognitivo propio de la metáfora. Desde tal perspectiva, el contenido con el que el vehículo metafórico contribuye a la proposición metafóricamente expresada difiere de cualquiera de sus significados lingüísticos y de cualquiera de los contenidos literales que la expresión pudiera fijar. El significado metafórico no coincide por lo general con el significado convencional de alguna otra palabra. Los factores contextuales estarán siempre presentes en la elaboración del significado metafórico y la intrusión contextual se determinará por el mecanismo responsable para su producción. Sin embargo, dentro de esta propuesta general podemos distinguir no solo explicaciones diferentes del mecanismo responsable para la producción del significado metafórico, sino también enfoques diferentes sobre cómo se activa el proceso interpretativo: o bien como algo indispensable para la expresión de un contenido proposicional evaluable o bien como algo dispensable. Esta distinción es relevante porque solo cuando el proceso metafórico se considera dispensable, o más técnicamente «opcional», puede la propuesta clasificarse propiamente como contextualista.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, no es fácil delinear la distinción entre procesos opcionales y obligatorios. A nuestro juicio, se han

usado distintos criterios para determinar cuándo un proceso es obligatorio y estos criterios, a pesar de lo que sus defensores creen, no tienen que involucrar a los mismos procesos. Por un lado, desde el punto de vista lingüístico, un proceso o su resultado es obligatorio («obligatorio_L» de aquí en adelante) cuando se requiere «en virtud de una convención lingüística que gobierna el uso de una construcción concreta (o clase de construcciones)» (Recanati, 2004: 98). Por otro lado, desde un punto de vista veritativo-condicional, un proceso de interpretación o su resultado es obligatorio («obligatorio_V» de aquí en adelante) cuando es necesario para que un contenido proposicional se produzca en la interpretación de una preferencia (Recanati, 2004: 62).

Algunas veces, un proceso es obligatorio en los dos sentidos, como cuando los pronombres entran en juego. En el ejemplo, «Ella me lo dijo», los pronombres «ella» y «lo» demandan lingüística y veritativo-condicionalmente información contextual. La demanda es obligatoria_L_V. Es obligatoria_L porque el significado de los pronombres «ella» y «lo» despliegan sendas variables que deben saturarse pragmáticamente. Es obligatoria_V porque sin el proceso de saturación no tenemos una proposición completa, que fije condiciones de verdad que permitan su evaluación.

Otras veces, un proceso es solo obligatorio_L como en el proceso requerido para interpretar el comportamiento de «además» en, por ejemplo, «Además, es honesta». Al usar «además», se indica que se está añadiendo algo a lo que se dijo previamente (Bach, 1999: 341). El significado de «además» despliega una variable proposicional que debe saturarse con lo que se dijo previamente. Ahora bien, la información contextual demandada lingüísticamente determina aspectos no veritativo-condicionales del significado de la preferencia y, por ello, el proceso no es obligatorio desde este último punto de vista.

En otras ocasiones, el proceso es solo obligatorio_V, como en el requerido para interpretar descripciones definidas incompletas. Para evitar el fallo presuposicional asociado con la descripción definida incompleta, un tipo de fallo que impide que se exprese una proposición (Glanzberg, 2005), se activa un proceso pragmático obligatorio_V (Romero y Soria, 2010: 73). Otro tipo de ejemplos menos controvertidos lo constituyen las oraciones sintácticamente completas que son semánticamente incompletas. Oraciones sintácticamente bien formadas como «María va a venir» no presentan

una demanda lingüística de información contextual, pero si no se recupera un locativo, por ejemplo, [a Granada] o [a mi fiesta], no hay una proposición que fije condiciones de verdad que permitan su evaluación.

Por último, hay procesos que no son obligatorios en ninguno de estos dos sentidos (Recanati, 2004: 115-130). Una preferencia normal de la oración bien formada, «No te vas a morir», expresa una proposición completa (una vez saturada la variable de segunda persona del singular) que, sin embargo, no puede ser la que el hablante asevere, pues en situaciones normales nadie cree que su interlocutor es inmortal y por ello debe expandirse. Los procesos opcionales de interpretación en este caso no se activan ni lingüística ni veritativo-condicionalmente.⁸

Estas cuatro posibilidades, como puede comprobarse en la tabla 1, nos sirven para trazar la distinción entre distintos sentidos de obligatorio, y opcional (Romero y Soria, 2010: 72).

TABLA 1
SENTIDOS DE «OBLIGATORIO»

Obligatorio _L	Obligatorio _V		Ejemplos
+	+	Obligatorio _L _V	Ella me lo dijo
+	-	Obligatorio _L	Además, es honesta
-	+	Obligatorio _V	María va a venir
-	-	Opcional	No te vas a morir

Hechas estas distinciones y teniendo en cuenta el tipo de ejemplos de preferencias metafóricas bajo el que cae el ejemplo (1), la preferencia metafórica de «El cielo está llorando», se podría pensar que el proceso para interpretar estos ejemplos es obligatorio_L_V ya que, por un lado, en este tipo de preferencias metafóricas los requisitos lingüísticos composicionales mues-

8 Si lo que hace a un proceso obligatorio u opcional es el tipo de demanda, entonces un proceso como el de suplementación de información, contra lo que Recanati (2004 y 2010) defiende, puede ser demandado unas veces opcionalmente y otras obligatoriamente como puede comprobarse en la interpretación de los ejemplos «No te vas a morir» y «María va a venir». El carácter obligatorio u opcional de un proceso pragmático es extrínseco al tipo de proceso (Romero y Soria, en prensa a).

tran que hay una falta de coordinación semántica entre algunos de los constituyentes de la oración proferida, que demanda un significado metafórico y, por otro, si no se tiene en cuenta el significado metafórico, el hablante no habría expresado un contenido proposicional. Ahora bien, no todos los ejemplos de metáforas se comportan así. En la preferencia metafórica (2):

- (2) [Ana, que no tiene ninguna mascota, está en casa. Su única hija, que tiene dos años, está jugando con una madeja de lana sobre la alfombra. Sofía, una buena amiga de Ana, entra en la habitación y le pregunta a Ana dónde está su hija y Ana responde]: Mi gata está sobre la alfombra,

la expresión proferida «Mi gata está sobre la alfombra» nos lleva a ver que el proceso de la interpretación metafórica no puede ser siempre obligatorio_{LV} ya que, en este tipo de ejemplos de metáforas no se muestra ninguna falta de coordinación semántica que active lingüísticamente el procesamiento de un significado metafórico. En casos como (2), lo que hay que tener en cuenta es si para lograr un contenido proposicional evaluable se requiere el proceso de interpretación metafórica. Si la respuesta fuese afirmativa, entonces el proceso metafórico para este tipo de preferencias metafóricas sería obligatorio_V. Cuando Ana emite «Mi gata», la relación que el contexto señalado en (2) permite asignar a la construcción posesiva entre una gata y la hablante ha de ser una de las relaciones destacadas. El problema es que en ese contexto no hay ninguna relación destacada entre una gata y la hablante. Esta situación impide la construcción de una proposición mínima que proporcione las condiciones de evaluación de la preferencia. Se ha producido un fallo presuposicional asociado con la construcción posesiva.⁹ Si se da una interpretación literal a «gata», no se puede dar un valor concreto a la variable expresada por la construcción posesiva. Ese valor va unido a la interpretación no-literal de «gata» y será una de las relaciones destacadas entre una niña y Ana: la de progenitura por parte de esta última. Si se intenta dar ese valor con la interpretación literal de «gata»,

9 Los fallos presuposicionales pueden, por ello, afectar a la saturación de variables. Otro ejemplo de fallo presuposicional para la saturación se daría en la emisión, apuntando a una mujer, de la oración: «Él está esperando la cuenta». En este caso, el objeto destacado no cumple el requisito lingüístico de ser masculino, hay un fallo presuposicional. La saturación exige previamente que «él» se interprete, por ejemplo, metafóricamente.

el resultado sería ininteligible, *la gata de la que Ana es progenitora*. De este modo, Ana con su emisión de «Mi gata está sobre la alfombra» en el contexto señalado en (2) no expresa ningún contenido proposicional que fije unas condiciones de verdad que puedan evaluarlo a menos que «gata» se interprete metafóricamente. En este sentido, el proceso metafórico para este tipo de preferencias es obligatorio_V.

Estas consideraciones conllevan que el proceso de interpretación metafórica sea al menos obligatorio_V. Si esto es así, se podría defender un enfoque minimista de lo que se dice metafóricamente, enfoque que solo acepta información contextual demandada obligatoriamente. Esta posición coincidiría con la posición literalista de Stern (2006) en tanto la interpretación metafórica, según él, depende de saturar un operador deíctico que demanda información contextual semánticamente. Su propuesta postula una representación subyacente más rica cuyo significado determinará las condiciones de verdad de cada preferencia metafórica en su contexto. Nosotras también hemos defendido una demanda obligatoria para el proceso metafórico (Romero y Soria, 2007), aunque proponemos que resulta en una transferencia o cambio de significado que se logra por una aplicación entre dominios y no por la saturación de un operador deíctico (Romero y Soria, 2005). Nuestras diferencias con Stern dependen de nuestros enfoques acerca del mecanismo metafórico particular más que de la demanda obligatoria de este mecanismo. Si Stern y nosotras estamos en lo cierto, la proposición mínima expresada por una preferencia metafórica debe ser no-literal. Esto significa abandonar el supuesto de que el punto de partida de lo que se implicatura es siempre lo que se dice literalmente, pero no supone que seamos contextualistas en el terreno de la metáfora.

Los contextualistas en metáfora mantienen que ni el proceso ni su resultado son obligatorios en ningún sentido. O bien los procesos, como Wilson y Carston (2006) defienden en la Teoría de la Relevancia Actual (TRA), resultan en conceptos *ad hoc* opcionales que aparecen en lo que ellas llaman «explicaturas»,¹⁰ o bien se consideran procesos opcionales de modulación, como en la propuesta de Recanati.

10 Carston (2010) considera ahora que esta explicación no da cuenta de todas las metáforas, reconociendo que algunas de ellas se explican apelando meramente a implicaturas. De este modo, vuelve a la posición inicial de los relevantistas al menos para algunos ejemplos de metáforas.

Esta breve presentación de algunos enfoques sobre el significado metafórico nos permite mostrar algunas de las posiciones más relevantes que se defienden actualmente acerca del papel del significado metafórico en la teoría del significado. Un esquema de esta clasificación puede verse en la tabla 2.

TABLA 2
TEORÍAS DEL SIGNIFICADO METAFÓRICO

Rechazo de significados metafóricos: Davidson			
Significados metafóricos	En implicaturas	Principio Cooperativo	Grice: semejanza Searle: principios heurísticos Kittay: interacción
		Principio de Relevancia: Sperber y Wilson (en TRI) y en Carston (TRA) para algunas metáforas	
	En lo dicho	= un significado lingüístico metafórico (Retórica Clásica)	
		≠ cualquiera de los significados lingüísticos	Obligatorio
Opcional			Wilson y Carston (en TRA): un concepto <i>ad hoc</i> Recanati: modulación

No es un secreto, por lo indicado hasta ahora, que defendemos la propuesta de que el significado metafórico forma parte de lo que el hablante dice. Ahora bien, entendemos que una defensa justa de esta propuesta debe tomar en serio a su oponente, la teoría de la implicatura en metáfora, sobre todo teniendo en cuenta que hoy día muchos autores de reconocido prestigio la consideran la teoría apropiada, incluso después de que se haya dicho de ella que es incompatible con los datos empíricos. Aunque, según muchos psicolingüistas, los resultados de las pruebas empíricas dan evidencia de que la teoría de la implicatura está «muerta»,¹¹ la «evidencia» no ha

11 Psicolingüistas como Ortony *et al.* (1978), Clark (1979), Gibbs (1984, 1986 y 1992), Gildea y Glucksberg (1983), Inhoff *et al.* (1984), y Keysar y Glucksberg (1992) han realizado experimentos cuyos resultados, según ellos los interpretan, son incompatibles con la explicación de la metáfora como implicatura. La idea es que las preferencias metafóricas deberían contribuir a lo que el hablante dice con ellas porque su comprensión es directa, en el sentido de que su interpretación se elaborada directamente. La propuesta de que las preferencias metafóricas deberían contribuir a lo que se dice porque su comprensión es directa también la han defendido autores como Bach y Harnish (1979), Recanati (1995), Bezuidenhout (2001), etc., que la defienden, al igual que nosotras, invocando a un procesamiento subpersonal.

desanimado a los teóricos de la implicatura. Por eso, Recanati dirigió sus esfuerzos a elaborar argumentos que sin contar con evidencia empírica pudieran «sellar su ataúd» (Recanati, 1995: 208). Sin embargo, parece que el «cuerpo» se ha quedado fuera, recibiendo «respiración asistida». Llama la atención que incluso Carston (2010: 310), autora que forzara al enfoque relevantista (Sperber y Wilson, 1986) a modificar su propuesta inicial de que la metáfora era solo una cuestión de implicaturas, recupera ahora este tipo de explicación como una de las dos rutas de interpretación metafórica. En el fondo, el teórico de la implicatura cree que las críticas que se le hacen son salvables. Debemos considerar, por ello, esta propuesta seriamente para encontrar cómo de hecho puede construirse una teoría que neutralice las críticas que se le plantean, mostrando así que muchos de los argumentos que se han elaborado contra la explicación de la metáfora como implicatura no son concluyentes.

Entender por qué se sigue defendiendo esta posición supone aceptar ciertas modificaciones a la teoría inicial griceana que neutralizan las críticas que se le han hecho desde sus comienzos. Sin embargo, estas modificaciones nos permiten defender que los rasgos que caracterizan a las metáforas como implicaturas podrían también explicarse desde una teoría que defienda que la metáfora es un asunto de lo que se dice metafóricamente. Los rasgos distintivos sobre identificación e interpretación de la metáfora, como veremos, encajan bien en una explicación que sitúe al significado metafórico en lo que se dice y en lo que se implicatura. Probablemente esta sea la razón por la que hoy día conviven ambas propuestas. Mas veamos con más detalle lo que hemos esbozado aquí brevemente.

14.2. La teoría de la metáfora como implicatura conversacional particularizada revisada

14.2.1. La teoría de la metáfora de Grice

Según Grice (1975), uno de los presupuestos para que se produzcan implicaturas conversacionales es el de que la comunicación se produce bajo el principio de que los participantes en una conversación cooperan, lo que significa que siguen ciertas pautas generales denominadas «máximas conversacionales». Cuando lo que el hablante dice transgrede alguna de

estas máximas se piensa que puede estar implicaturando conversacionalmente algo de modo que la transgresión solo sea aparente.¹²

Si consideramos el enfoque griceano de la metáfora, deberíamos explicar el comportamiento de la preferencia metafórica (1):

- (1) [A, que no sabe si coger el paraguas, le pregunta a B qué tal tiempo hace y B emite]: El cielo está llorando,

como un caso de implicatura conversacional particularizada. Si tenemos en cuenta la distinción griceana entre lo que el hablante *dice* literalmente y lo que el hablante *implicatura*, tendríamos que señalar que con (1) el hablante literalmente dice *que el cielo está llorando*, una proposición que incluye una falsedad categorial (Grice, 1975/1989: 34), algo que el hablante cree que es falso. De ahí que el hablante esté *burlando* la primera máxima del Principio Cooperativo, «No diga lo que crea que es falso». *Que el cielo está llorando*, una falsedad categorial, no puede ser parte de lo que el hablante quiere decir, no puede ser un contenido proposicional comunicado por el hablante pues es falso. Según Grice, lo que se dice es parte del significado del hablante y es un contenido que el hablante intenta comunicar, luego *que el cielo está llorando* no puede ser un contenido dicho porque si lo fuera no podría seguirse el Principio Cooperativo. Por eso, con (1) el hablante solo hace como que dice literalmente *que el cielo está llorando*.

Cuando una preferencia expresa una proposición y el hablante no tiene la intención de comunicarla, se produce un caso en el que el hablante hace como que la dice. La metáfora es uno de esos casos en los que se hace como que se dice algo y no se dice nada (Grice, 1978/1989: 41). La significación de una preferencia metafórica carece de uno de los componentes de la significación total, carece de lo que se dice. Lo que el hablante quiere decir con ella es solo lo que él implicatura. Lo que el hablante implicatura metafóricamente con (1) depende de la atribución al cielo de algunos rasgos con respecto a los cuales los objetos que puedan llorar literalmente y el cielo se parecen. Con (1), el hablante implicatura *que está lloviendo*. Esta implicatura hace que la situación se restablezca y que el comportamiento del hablante llegue a ser cooperativo. De este modo, la

12 Para más información acerca de la noción de *implicatura*, véase Romero (2011).

interpretación de las preferencias metafóricas en la primera aproximación de la teoría de la metáfora como implicatura se explica en dos pasos: primero, el hablante hace como que dice literalmente algo que burla la primera máxima conversacional de calidad, que conduce, en segundo lugar, a la búsqueda de un contenido implicaturado que restablecerá la situación cooperativa.

Este enfoque griceano de la metáfora ha sido puesto en cuestión desde sus comienzos. De entre los problemas que se le han planteado, nos centraremos en aquellos que están relacionados con la identificación de la preferencia como metafórica y en los relacionados con la recuperación de la implicatura. Evitar estos problemas requiere, como veremos en las dos subsecciones siguientes, hacer algunos cambios en la concepción de la metáfora como implicatura.¹³

14.2.2. La identificación metafórica revisada

Con respecto a la identificación de una preferencia como metafórica, el teórico de la implicatura en metáfora mantiene que la condición que activa la interpretación metafórica es la presencia de una anomalía semántica entendida como falsedad categorial, un modo especial de burlar la primera máxima de calidad del Principio Cooperativo, «No diga lo que crea que es falso». Este criterio de identificación adolece, según los críticos, de dos tipos de defectos. Por un lado, el criterio de la falsedad categorial es

13 No todos los teóricos que han defendido que la metáfora debe explicarse con implicaturas elaboran una teoría de corte griceano en la que se intente solucionar los problemas de identificación e interpretación que vamos a señalar. Una propuesta como la relevantista muestra un cambio teórico mucho más radical en tanto en esta teoría no se necesita ningún tipo de burla de máximas para activar la recuperación de implicaturas. Según los relevantistas, no hay nada propio en la interpretación metafórica (véase cita en nota 1) y, por ello, no hace falta buscar criterios que activen una interpretación característica de la metáfora. Las distinciones entre preferencias se hacen según la naturaleza del resultado de un proceso inferencial, guiado siempre por el Principio de Relevancia. Ahora bien, si todo se interpreta igual y no hay nada que identificar, ¿qué caracteriza a la metáfora? Las metáforas lo son, según los relevantistas, porque solo comunican implicaturas que se infieren a partir de un concepto descodificado que se atribuye vagamente y que, por ello, pierde sus propiedades lógicas, pero estos rasgos son rasgos que descubrimos una vez que tenemos la interpretación y que comparten con fenómenos lingüísticos como la aproximación o la hipérbole.

incompatible con la evidencia empírica. Por otro, la falsedad categorial no sirve para identificar a las preferencias metafóricas: no todas las preferencias metafóricas la necesitan para ser identificadas como tales y las que la presentan no parece que fijen un contenido proposicional literal.

Muchos psicolingüistas han rechazado la propuesta de que la identificación de las preferencias como metafóricas dependa de una falsedad categorial. Su ataque, basado en la evidencia empírica proporcionada por los experimentos de tiempo de reacción, siempre incorpora el resultado de que las preferencias literales y metafóricas exhiben tiempos de procesamiento equivalentes. Su argumento es como sigue: ellos asumen que la anomalía como falsedad categorial implica que la comprensión metafórica se sitúa después de la comprensión literal (Gibbs, 1992: 580) o que la interpretación metafórica se produce en dos pasos proposicionales, y que la interpretación metafórica en dos pasos, a su vez, implica un tiempo adicional en la interpretación metafórica (Way, 1991: 51-52). Dos pasos proposicionales deben suponer más esfuerzo que uno, y el esfuerzo de procesamiento, según estos autores, es directamente proporcional al tiempo de procesamiento. Como la interpretación metafórica no conlleva un tiempo adicional, según los resultados de los experimentos psicológicos de tiempo de reacción que exhiben un tiempo de procesamiento equivalente para la interpretación literal y la metafórica, la tesis de los dos pasos proposicionales debe rechazarse; la comprensión metafórica no implica una interpretación literal previa, interpretación que se supone en el criterio de la falsedad categorial, por lo que este criterio también debe rechazarse. La teoría de la metáfora como implicatura, en la que se apela a un paso proposicional adicional, debe abandonarse porque cualquier paso adicional es inconsistente con los datos empíricos.

El teórico de la implicatura tiene, a nuestro juicio, distintas líneas de defensa. La primera es que puede señalar que el supuesto de que el esfuerzo de procesamiento es siempre directamente proporcional al tiempo de procesamiento es incorrecto (Romero y Soria, 2003: 176-82). Si esto es así, el argumento de los psicolingüistas contra los teóricos de la implicatura no se sostiene porque la equivalencia en el tiempo de reacción no implica el mismo esfuerzo en el procesamiento. Si todavía hubiera quienes pensarán que esta no es una réplica suficiente, el teórico de la implicatura podría señalar que el argumento anterior es incorrecto porque la identidad en el

tiempo de procesamiento es cuestionable si se revisan los experimentos psicológicos en los que se basa. Puede señalar, como sugirió Recanati (1995: 208), que los resultados que involucran tiempos de procesamiento equivalentes dependen, en la mayoría de los casos, de elegir ejemplos de metáforas convencionales donde podría esperarse que los tiempos de procesamiento sean equivalentes. Nada se prueba entonces acerca de las metáforas novedosas, que requerirían procesar la proposición literal primero. Sin embargo, una revisión de los experimentos psicológicos muestra que no siempre se usan ejemplos de metáforas convencionales. Así, el teórico de la implicatura tiene que afinar un poco más para defender su posición. De hecho, puede decir que la revisión de los experimentos de tiempo de reacción muestra que su diseño no es siempre fiable. Ahora bien, en algunos casos sí que lo es y los resultados apoyan la equivalencia (Gerrig, 1989). Lo que ocurre es que estos resultados han de convivir con los de otros experimentos igualmente fiables que no apoyan la equivalencia en los tiempos de reacción sino todo lo contrario (Giora, 1999). En esta situación, los psicolingüistas podrían argumentar que si los experimentos muestran, como es el caso, que al menos algunas metáforas novedosas no suponen más tiempo de procesamiento que la interpretación de una preferencia literal de la misma expresión, la falsedad categorial no puede defenderse como una condición necesaria para todas las metáforas novedosas.¹⁴

Aun así queda una salida para el teórico de la implicatura; a saber, concebir la falsedad categorial de modo que no implique siempre dos pasos proposicionales, neutralizando el argumento anterior definitivamente. Curiosamente, aproximaciones más recientes de la metáfora como implicatura han cambiado el criterio de la falsedad categorial en esa dirección, aunque es justo señalar que ese cambio se ha producido no tanto por evitar la crítica anterior como por solucionar otros problemas de este criterio de identificación.

Uno de los problemas de la falsedad categorial como criterio de identificación lo indica Recanati (1987: 230) cuando señala que la burla de la primera máxima de calidad implica que el hablante solo hace como si

14 Sobre el argumento que los psicolingüistas usan para atacar la falsedad categorial, véase Romero y Soria (en prensa *b*).

dijera el contenido proposicional literal y que, por ello, el hablante no dice nada que viole realmente el Principio Cooperativo. Con (1), el hablante solo ha hecho como si dijera *que el cielo está llorando* y, por ello, lo que se dice literalmente solo se evoca; pero al no decirse, el hablante no viola realmente nada, las máximas no se violan realmente y no es necesario suponer que el hablante ha implicaturado algo para mantener el Principio Cooperativo.

Esta crítica, que no ha tenido mucha repercusión, no es concluyente. El teórico de la implicatura podría defender que si, como señala Recanati, cuando el hablante hace como que dice que *p*, no dice nada, entonces burla la primera máxima de cantidad que hace referencia a que la contribución conversacional sea tan informativa como se requiera para los propósitos del intercambio (Grice, 1975/1989: 26). En esta máxima de cantidad se supone siempre que hay alguna contribución informativa. Esto es justo lo que no ocurre cuando la proposición es falsa y el hablante hace como que la dice. Como dice Grice, «[l]a información falsa no es una clase inferior de información; no es información» (Grice, 1987/1989: 371). Por ello, cuando una contribución es falsa y se hace como que se dice, se burla la primera máxima de cantidad. La burla de esta máxima se repara por la generación de la implicatura. De este modo, el teórico de la metáfora como implicatura salvaría la crítica elaborando un criterio de identificación complejo, que incluyera tanto una falsedad categorial como la burla de la primera máxima de cantidad.

Ahora bien, este criterio de identificación complejo no sirve como criterio de identificación metafórica, ya que no está libre de otros problemas que afectan a la falsedad categorial incluida en él. Estos son los que han conducido a la elaboración de ciertas modificaciones al primer enfoque de la teoría de la metáfora como implicatura. Uno de ellos es que no todas las metáforas presentan una falsedad categorial. En la preferencia metafórica (2):

- (2) [Ana, que no tiene ninguna mascota, está en casa. Su única hija, que tiene dos años, está jugando con una madeja de lana sobre la alfombra. Sofía, una buena amiga de Ana, entra en la habitación y le pregunta a Ana dónde está su hija y Ana responde]: Mi gata está sobre la alfombra,

no hay falsedad categorial, a lo sumo habría una proposición falsa dado que no hay ninguna gata sobre la alfombra. Luego, con el criterio griceano no puede detectarse que (2) es metafórica.

Para solucionar este problema, se podría ampliar el criterio a cualquier tipo de falsedad y no solo a la del tipo categorial. De este modo, (2) ya sí se identificaría como una metáfora. El problema entonces sería que todas las implicaturas que dependen de la burla de la primera máxima de cantidad y no solo las metáforas deberían clasificarse del mismo modo. Ejemplos como (3):

- (3) [Kent le dice a su hijo, que está llorando por un pequeño corte]:
No te vas a morir,

que no es una preferencia metafórica, serían detectados como metáforas. Con su preferencia, Kent dice algo que cree que es falso, luego hace como que lo dice, y por ello burla la primera máxima de cantidad. Resolver, por ello, el problema de que no todas las metáforas presentan una falsedad categorial requerirá una estrategia distinta.

Otro problema es que no todas las metáforas pueden fijar un contenido proposicional literal. Cuando una falsedad categorial está involucrada, el hablante no puede hacer como que dice algo literalmente. El hablante de (1) no hace como que dice una proposición en absoluto porque (1) no puede interpretarse literalmente según nuestra competencia lingüística.¹⁵ «Llorar» es un predicado que remite a un tipo de acción que requiere un sujeto animado con ojos, y el cielo no satisface este requisito. (1) no puede fijar una proposición literal o algunas condiciones de verdad determinadas meramente por el significado lingüístico de las palabras involucradas en la oración. Como (1) no puede fijar un contenido literal a causa de la falsedad categorial, (1) no puede ser una preferencia literalmente falsa. Una falsedad categorial se opone a «estar bien formado» y no a proposición verdadera.

Resolver el último problema exige que el criterio de identificación no dependa de procesar una proposición literal si se quiere que (1) cuente como una metáfora. Además, para resolver el problema de que no todas las

15 Esta es la idea que también defiende Stern (2006).

metáforas presentan falsedad categorial, se debe admitir que hay «falsedades categoriales pragmáticas», que están presentes en (2) y no en (3). (2) no expresa una proposición falsa, más bien presenta una «falsedad categorial pragmática» que resulta de usar «Mi gata» en un contexto en el que la hablante no refiere a una gata, este tipo de falsedad categorial no está involucrada en (3).

La teoría de la metáfora como implicatura de Kittay satisface estas dos exigencias sustituyendo el requisito de la falsedad categorial por la exigencia de incongruencia, definida por el Principio de Incongruencia (1987). En general, la incongruencia que se produce en las metáforas soluciona los dos últimos problemas pues no depende de procesar una proposición literal sino de procesar literalmente los constituyentes subproposicionales. De este modo, Kittay incorpora un criterio de identificación que no asume la tesis de los dos pasos proposicionales, evitando también la crítica de los psicolingüistas ya señalada.¹⁶ La concepción subproposicional del criterio de identificación de Kittay es, como cualquier concepción subproposicional de la identificación metafórica, compatible con el rechazo de la tesis de los dos pasos proposicionales.

Aunque la incongruencia de Kittay soluciona los problemas de que no todas las metáforas presentan una falsedad categorial, de que las que la presentan no parece que fijen un contenido proposicional literal, y el de ser un criterio que implica siempre dos pasos proposicionales, todavía su Principio de Incongruencia necesita algo más para evitar que (4), una metonimia,

- (4) [En un restaurante, una camarera, mirando al cliente del sándwich de jamón, le dice a otra]: El sándwich de jamón está esperando la cuenta,

como un caso de metáfora. Si se usa la falsedad categorial como criterio de identificación metafórica, (4) se consideraría una metáfora. Con (4), lo

¹⁶ Es verdad que la caracterización de Kittay de la incongruencia como falsedad literal ha podido conducir a sus críticos (Gibbs, 1982 y 1994) a decir que su criterio involucra dos pasos proposicionales pero su incongruencia no conlleva la interpretación metafórica en dos pasos proposicionales. Los críticos de la metáfora como implicatura no se han dado cuenta de que no todos estos enfoques asumen la falsedad categorial y, derivadamente, la tesis de los dos pasos proposicionales.

que dice el hablante sería *que el sándwich de jamón está esperando la cuenta*, una falsedad categorial. Por eso, el hablante hace como que dice eso y burla la primera máxima de cantidad. Con la incongruencia de Kittay ya no se necesita que (4) señale un contenido proposicional falso porque sus dos elementos subproposicionales muestran la incongruencia.

Para resolver este problema, hay que considerar que en la preferencia metafórica frente a la metonímica aparece un contraste conceptual (Romero y Soria, 1997/1998: 377-80; 2006). Las preferencias se identifican como metafóricas porque involucran tanto una anomalía contextual (nuestro modo de concebir la incongruencia) como un contraste conceptual.

La noción de *anomalía contextual* debe entenderse como el uso de una expresión en un contexto lingüístico o extralingüístico inusual. Hay dos modos en los que puede aparecer la anomalía:

- (a) Como una contraindicación entre los términos proferidos, ejemplos (1) y (4).
- (b) Como una contraindicación en la relación entre la aparición de una expresión en el contexto inusual real y el contexto implícito asociado al uso normal de esta expresión, ejemplo (2).

El modo (a) puede ilustrarse con los ejemplos (1) y (4). En (1) la interpretación normal de «está llorando» como predicado de «El cielo» no está permitida. En (4), la interpretación normal del predicado, «está esperando la cuenta», es incompatible con la interpretación normal del sintagma nominal «el sándwich de jamón».

El modo (b) puede ejemplificarse mediante (2) puesto que, según nuestro sistema conceptual, una niña de dos años no es un objeto que caiga bajo el concepto al que remite la expresión «gata». La anomalía contextual se produce mediante la confrontación entre el contexto real e inusual y un contexto normal posible para la expresión. No es normal usar la expresión «gata» para denotar a una niña. Este es un uso inusual de la expresión que implica una anomalía contextual, una versión más ajustada de falsedad categorial «pragmática».

La anomalía contextual es una condición necesaria pero no suficiente de la presencia de una metáfora. Se necesita un criterio de identificación adicional: un contraste conceptual. El contraste conceptual es el reconocimiento de que el hablante está hablando acerca de un tema (dominio

objeto) usando términos que normalmente describen a otro (dominio fuente). En (2), reconocemos que el hablante está hablando de una niña (*niña* es el dominio objeto) usando un término que normalmente describe a un felino (*gato* es el dominio fuente). Igualmente, en (1) hay un contraste conceptual entre el dominio objeto, *condiciones atmosféricas*, y el dominio fuente, *estados emocionales*. Las metonimias novedosas, como (4), son muy diferentes: en ellas no hay ningún dominio fuente y no hay contraste conceptual. Tanto el cliente como el sándwich de jamón pertenecen al mismo dominio, referimos tanto al cliente como al sándwich de jamón, aunque la única expresión explícita es «el sándwich de jamón», que activa la recuperación de un elemento nominal velado al que resringe: *cliente*.¹⁷

Por ello, el teórico de la implicatura podría solucionar los problemas del criterio de identificación complejo no solo aceptando el requisito del contraste conceptual para evitar las preferencias no metafóricas del tipo de las metonimias, sino también sustituyendo el requisito de la falsedad categorial por el de la anomalía contextual. Cuando hay una anomalía contextual y un contraste conceptual, la interpretación literal se bloquea porque o bien no es posible o bien no es inteligible. En estos casos, el teórico de la implicatura argumentaría que el hablante burla la primera máxima de cantidad porque no hay nada menos informativo que no tener proposición literal. De este modo, es posible tener una teoría de la metáfora como implicatura que incluya criterios de identificación adecuados, que sean describibles con algún tipo de burla de las máximas del Principio Cooperativo.

Ahora bien, la anomalía contextual y el contraste conceptual son criterios de identificación que no dependen de procesar la proposición literal sino de rasgos de los componentes subproposicionales, así que es posible argumentar que el resultado de la interpretación metafórica que esos criterios subproposicionales activan forma parte de lo que se dice. Esto es relevante para la discusión principal de este capítulo porque, dados

17 La metonimia novedosa se identifica cuando se aprecia una anomalía contextual y un elemento nominal velado (Romero y Soria, 2006 y 2010). Kittay también reconoce la diferencia entre metáfora y metonimia pero su Principio de Incongruencia no pretende dar cuenta de esa diferencia, ya que se concibe como una condición necesaria pero no suficiente de la identificación metafórica.

los criterios de identificación apropiados, son viables tanto la propuesta de que los significados metafóricos forman parte de la implicatura como la de que son parte de lo que se dice.

14.2.3. La interpretación metafórica revisada

En relación con la producción de la implicatura metafórica, el enfoque griceano señala que debe poder calcularse desde lo que el hablante ha hecho como que dice. Lo que el hablante implicatura depende de la semejanza entre dos temas. Por ello, una vez detectada (1) como una metáfora, su interpretación se hace, según esta propuesta, recuperando la implicatura, *que está lloviendo*, desde lo que el hablante ha hecho como que dice, *que el cielo está llorando*. La implicatura depende de la atribución al cielo de algunos rasgos con respecto a los cuales el cielo se parece más o menos a los objetos que pueden llorar literalmente. Esta propuesta también ha recibido críticas.

De hecho, Recanati (1987: 228) apunta que no es posible determinar lo que el hablante implicatura desde (1) puesto que no hay modo de reconciliar la preferencia con la máxima conversacional aparentemente burlada. La implicatura metafórica no puede calcularse desde lo que se dice en tanto que no hay proposición que, añadida a una proposición, falsa haga que esta sea verdadera.

Esta crítica, sin embargo, no es concluyente. Como hemos visto, lo que fuerza al hablante, en los casos de metáfora, a hacer como que dice que *p* es que *p* es patentemente falsa y, por ello, el hablante no puede crearla y no puede ser una proposición que él asevere. Esto, sin embargo, es compatible con señalar, en una línea griceana, que la implicatura no se concibe en estos casos como algo que junto con lo que se dice restablece la cooperación porque, en la metáfora según este enfoque, el hablante meramente hace como que dice y no dice nada; solo comunica una implicatura. Así, el teórico de la implicatura puede decir que la implicatura no debe calcularse desde *p*, la proposición literal falsa y no intencionada por el hablante, sino recurriendo a, entre otras cosas, el significado convencional de las palabras usadas (Grice, 1975/1989: 31), se exprese con ellas o no una proposición literal completa. La producción de la implicatura, diría Grice (1975/89: 34), depende de la semejanza entre aquello de lo que se está hablando y lo que se le atribuye.

Pero, según Recanati (1995), esta comprensión del significado no-litera como un significado dependiente asimétricamente del significado literal de los componentes subproposicionales de una expresión sugiere fuertemente que el significado metafórico forma parte de lo que se dice más que de lo que se implicatura. Esta crítica, según Recanati (1995: 228), está apoyada por ejemplos en los que para computar lo que se dice debemos computar primero la interpretación no-litera. En (2), parte de «Mi gata» se usa no literalmente. Para saber de qué objeto está hablando Ana, la hablante, debemos saturar una variable que se corresponde con la relación entre la hablante («mi») y una gata. La saturación es el proceso pragmático primario que se requiere si se defiende que lo que se puede recuperar, recurriendo a la información contextual disponible y apelando a habilidades no lingüísticas como la de descifrar intenciones o la de dar sentido a las acciones, determina la proposición intencionada por la hablante. En este caso, ayudará a determinar la referencia intencionada por la hablante que intervendrá en la proposición intencionada asociada a la preferencia de la expresión oracional incluida en (2). Solo si reconocemos que «gata» en este sintagma nominal se usa metafóricamente, podremos saturar la variable en ese contexto. Para saber a qué refiere «mi gata» tenemos que construir el significado metafórico de «gata» para después saturar la relación entre una gata metafórica y la hablante. El proceso metafórico es previo al de saturación y este último es un proceso obligatorio para obtener lo que se dice.

Pero esta crítica tampoco es concluyente. El argumento de Recanati depende de su propuesta de que la saturación es un proceso primario obligatorio. Que el proceso sea primario significa que es pre-proposicional y que su resultado interviene en lo que se dice. Que el proceso de la saturación sea obligatorio significa que viene demandado lingüística y veritativo-condicionalmente. Ahora bien, el teórico de la implicatura no tiene que aceptar la propuesta de que la saturación es un proceso pragmático primario obligatorio. Él puede explicar el uso de «mi gata» en (2) señalando que hace una contribución a una implicatura. Puede defender, por ejemplo, que la hablante con (2) hace como que dice que la única gata de la hablante (cualquiera que sea la relación entre ellas) está sobre la única alfombra de la casa y que todo lo que señalaría Recanati que nos hace falta para interpretar el sintagma «mi gata» en (2) forma parte de la implicatura. Esto supondría que la interpretación metafórica de «gata» y la saturación de

la relación serían para él procesos secundarios. Lo que causa el requisito de que la interpretación no-litera sea primaria en estos casos es que es previa a la saturación, y en el enfoque de Recanati la saturación no solo es obligatoria sino primaria, esto es, contribuye a la proposición expresada por el hablante. Luego no se puede saturar la relación entre una gata y la hablante sin que esta relación sea la intencionada por la hablante. Lo que el teórico de la implicatura negaría sería que la saturación tenga que ser necesariamente un proceso primario. Y puede negarlo porque los procesos de interpretación no solo no son intrínsecamente obligatorios u opcionales sino que no tienen por qué ser intrínsecamente primarios. La saturación no es intrínsecamente primaria porque puede demandarse solo lingüística y no ser obligatoria desde un punto de vista veritativo-condicional, lo que permitiría que la saturación pueda intervenir en las implicaturas. Si esto es así, el argumento de que la interpretación no literal es primaria porque algunas veces es previa a la saturación, proceso primario obligatorio, se viene abajo.

En cualquier caso, el punto central de esta objeción a la crítica de Recanati es que el hecho de que haya procesos subproposicionales de interpretación es compatible con que sus resultados formen parte de una implicatura. La implicatura debe poder calcularse desde los significados convencionales de los constituyentes de la expresión proferida junto con información contextual. Esto no es un problema para los teóricos de la implicatura, pues incluso Grice (1975) puso ejemplos de implicaturas que se calculaban desde la contribución de algún constituyente, típica situación de sus implicaturas conversacionales generalizadas (Romero, 2011). Por supuesto, autores como Sperber y Wilson (1986) o Kittay (1987) también tienen ejemplos de implicatura que se calculan desde elementos subproposicionales.

Si se piensa en las metáforas, el proceso inferencial requerido para calcular la implicatura metafórica se ha caracterizado de distintas maneras. Kittay usa la teoría de la interacción de Black (1954) para especificar la semejanza a la que apela Grice. Los significados de segundo orden de Kittay son una clara defensa de la asimetría del significado metafórico con respecto al literal y de la propuesta de que intervienen en lo que se implicatura. Wilson y Sperber (2004) creen que el Principio de Relevancia conduce a una interpretación donde la denotación del término usado metafóricamente se amplía radicalmente hasta que aquello a lo que se atribuye caiga bajo

él. El concepto codificado y el que resulta de la interpretación metafórica aun así comparten algunas propiedades, que serán las que intervengan en las implicaturas. Pero la relajación de los conceptos de Sperber y Wilson no explica el razonamiento analógico requerido para la comprensión de la metáfora (Romero y Soria, 2007) y, por ello, no pueden explicar las propiedades nuevas que caracterizan a las metáforas.¹⁸ A nuestro juicio, el mecanismo mediante el que obtenemos la mejor explicación de la analogía en la metáfora es el que permite elaborar aplicaciones conceptuales coherentes entre dominios (Indurkha, 1992). En nuestra opinión, el mecanismo de interpretación metafórica, que se activa por el reconocimiento de que una metáfora ha sido identificada, es una aplicación coherente de un conjunto de rasgos de un dominio fuente a un dominio objeto para obtener un dominio objeto reestructurado metafóricamente; este es un modo técnico de delimitar el razonamiento analógico que caracteriza a la metáfora. Con las aplicaciones metafóricas, algunas propiedades del dominio fuente (en concreto, aquellas que son pertinentes para obtener información acerca de la caracterización del asunto del que se habla) se usan como fuente de información para describir el dominio objeto, de modo que se pueden generar nuevas propiedades en el dominio objeto. Este proceso nos permite explicar cómo las metáforas representan propiedades que no están lingüísticamente codificadas en el lenguaje corriente (para los detalles de la aplicación de este mecanismo en ejemplos concretos, véase Romero y Soria, 2005). Un teórico de la implicatura podría apelar a las aplicaciones conceptuales para elaborar los significados metafóricos que formarían parte de la implicatura.

En resumen, para considerar que la metáfora es un tipo de implicatura, debemos estar preparados a aceptar a) un modo nuevo de burlar una máxima del Principio Cooperativo, caracterizado por no requerir el procesamiento de la proposición literal y b) un nuevo modo de calcular la implicatura que incluya el proceso que explique el razonamiento analógico y que tome el significado convencional de las palabras proferidas como punto de partida, cambiándolo provisionalmente para su intervención en

18 En la bibliografía, hay otros procesos o resultados de procesos concebidos para explicar la metáfora como la saturación de un operador déictico (Stern, 2006) o un descenso semántico (Guttenplan, 2006), pero al igual que la vaguedad no sirven para explicar el razonamiento analógico requerido en la comprensión metafórica.

la implicatura. La noción de *implicatura* puede adaptarse para conseguir una explicación de la identificación y la interpretación de las metáforas.

Ahora bien, cuando cambiamos la teoría de la metáfora como implicatura para evitar los problemas de identificación e interpretación que se achacan a la propuesta en su primera aproximación, la explicación que proporciona resulta ser compatible con el tipo de explicación que incluye al significado metafórico en lo que se dice. Los rasgos distintivos sobre identificación e interpretación de la metáfora por sí mismos no solo permiten elaborar una teoría de la metáfora como implicatura sino también una teoría de la metáfora en la que el significado metafórico forme parte de lo que se dice. La razón por la que estas dos posibilidades están disponibles es que la identificación e interpretación metafóricas no dependen de procesar una proposición literal, sino que dependen de rasgos de los componentes subproposicionales.

¿Hay algún modo de salir de esta situación? Nuestra respuesta es que sí y que para ello hay que examinar los rasgos de los contenidos proposicionales metafóricos. Si los contenidos proposicionales metafóricos tienen los rasgos característicos de las implicaturas, será más coherente tener una teoría de la metáfora como implicatura. Si los contenidos proposicionales metafóricos tienen los rasgos característicos de lo que se dice, será mejor considerarlos parte de lo que se dice.

14.3. Rasgos de las proposiciones metafóricas

Grice señaló que las implicaturas conversacionales, ya fuesen particularizadas o generalizadas, tienen varios rasgos que las caracterizan. Por su valor en la argumentación que conduce este capítulo, nos centraremos en tres rasgos de las implicaturas conversacionales, rasgos que las proposiciones metafóricas si son implicaturas conversacionales particularizadas deberán compartir. Por un lado, las proposiciones implicaturadas son cancelables, por otro, son indesligables de lo que se dice y, por último, las condiciones de verdad que fijan son independientes de la verdad o falsedad de la proferencia. Las proposiciones metafóricas, si son contenidos proposicionales implicaturados, deberían tener también estos rasgos.

Con respecto al primer rasgo, la propuesta griceana señala que una implicatura conversacional es siempre cancelable o bien explícitamente o

contextualmente. Es cancelable explícitamente si es admisible añadir *pero no q* (o *no quiero sugerir que q*) a la forma de las palabras de la preferencia que implicatura que *q* (Grice, 1978/1989: 44). Es cancelable contextualmente si uno puede encontrar situaciones en las que la preferencia de la forma de las palabras simplemente no nos lleve a la implicatura (Grice, 1978/1989: 44). Para entender estos dos modos de cancelación, consideremos el ejemplo (5):

(5) [A le pregunta a B dónde está María y B responde]: María está en la cocina o en el cuarto de baño.

Con (5), el hablante, B, dice *que María está en la cocina o en el cuarto de baño* e implicatura *que B no sabe en cuál de esos dos sitios está*.

Esta implicatura puede cancelarse explícitamente dado que es admisible añadir «pero no quiero sugerir que no sé en cuál de esos dos sitios está» a la forma de las palabras «María está en la cocina o en el cuarto de baño» como muestra (6):

(6) [A le pregunta a B dónde está María y B responde]: María está en la cocina o en el cuarto de baño, pero no quiero sugerir que no sé en cuál de esos dos sitios está.

La oración compleja proferida es perfectamente inteligible (Grice, 1961: 128), aunque si B respondiera eso no estaría siendo cooperativo porque niega en la segunda parte de la oración lo que sugiere con la primera.

La implicatura puede cancelarse contextualmente si se encuentra una situación en la que la preferencia de la forma de las palabras, la conectiva «o» en este caso, no lleva a la implicatura que de un modo generalizado suele darse con esa forma de las palabras. En (7):

(7) [Varios niños están jugando al escondite. A le pide una pista a B para encontrar a María y este emite]: María está en la cocina o en el cuarto de baño,

la situación señalada entre corchetes, la del juego del escondite, contextualmente cancela la implicatura de que B no sabe cuál de los dos disyuntos es verdadero. B está dando una pista porque sabe dónde está María.¹⁹

¹⁹ El ejemplo elegido para mostrar la cancelabilidad es un ejemplo de implicatura conversacional generalizada porque solo este tipo de implicaturas es cancelable contextualmente. Las particularizadas dependen de la información contextual y si se cambia la situación no se cancela nada, simplemente no se produce la implicatura.

Lo que se dice, en cambio, no pasa la prueba de la cancelabilidad. Si la cancelación explícita de lo que se dice se intenta, se hace una preferencia ininteligible como (8):

(8) [A le pregunta a B dónde está María y B responde]: María está en la cocina o en el cuarto de baño pero no está ni en la cocina ni en el cuarto de baño.

La cancelabilidad es una propiedad necesaria de todas las implicaturas conversacionales, es una prueba que los contenidos proposicionales implicaturados deben pasar, pero no es suficiente. Hay ejemplos de cancelación que no prueban que lo cancelado sea una implicatura, como ocurre cuando usamos una palabra o forma de palabras de un modo laxo o relajado. En un contexto en el que Macbeth está alucinando, nos explica Grice (1978/1989: 44), si se emite (9):

(9) Macbeth vio a Banquo,

el hablante cancela parte del significado convencional de «vio», cancela aquella parte que tiene que ver con el requisito de que el objeto visto, Banquo, exista y, sin embargo, esta cancelación no muestra que el requisito de la existencia del objeto visto deba considerarse como una implicatura. Estrictamente hablando, el significado lingüístico cancelado no forma parte del significado del hablante; ni de lo que el hablante ha dicho ni de lo que ha implicaturado.

Si el contenido proposicional comunicado por (1), *que está lloviendo*, es una implicatura metafórica, entonces debe pasar la prueba de la cancelabilidad; ese contenido ha de ser cancelable. La implicatura de (1) es cancelable si (10):

(10) [A, que no sabe si coger el paraguas, le pregunta a B qué tal tiempo hace y B emite]: El cielo está lloviendo pero no está lloviendo,

que resulta de añadir adversativamente a la oración «El cielo está lloviendo» la oración «no está lloviendo», que niega explícitamente la implicatura, es admisible; si (10) es inteligible.

La cancelación, según el teórico de la implicatura, depende de la posibilidad de no seguir el Principio Cooperativo (Grice, 1975/1989: 39) y se consigue negando aquello que haría que la conducta verbal del hablante

fuese cooperativa; esto es compatible con que lo que se dice sea comprensible. El problema de cancelar el contenido metafórico, una vez que contemos con una explicación que elimine los problemas de identificación e interpretación de la propuesta original, es que no podemos entender lo que se dice con la primera oración de (10) porque no se dice literalmente nada; la primera oración de (10) no es comprensible literalmente; no se puede entender qué sería para el cielo que esté llorando literalmente. Si la única contribución proposicional que hace una metáfora, según la teoría de la implicatura modificada, está implicaturada, si se cancela, no queda ningún contenido proposicional que haga inteligible a la preferencia. Esto es lo que se sigue del hecho de que la metáfora presente una anomalía contextual. Negar lo que se sugiere, según esta teoría, haría que el hablante no representara ningún contenido proposicional con «El cielo está llorando» ya que lo que representa proposicionalmente meramente se sugiere y esto se va a negar en la siguiente oración que hace de cancelación. (10) es ininteligible como un todo porque con la primera oración que incluye (10) no se asevera (ni se hace como que se asevera) un contenido proposicional literal, y si lo que se sugiere se niega con la segunda parte, nada hace inteligible a la primera parte. No hay modo en que la interpretación de la preferencia (1) pueda hacerse sin su contenido metafórico, pero entonces (10) es inadmisibles. A nuestro juicio, los contenidos metafóricos, como los contenidos dichos, no son cancelables.²⁰ El contenido metafórico de (1) no es cancelable porque (10) no es ni una preferencia admisible ni inteligible.

Otro rasgo característico de las implicaturas conversacionales es su indesligabilidad de los contenidos dichos. Este rasgo se concibe más bien como un criterio de identidad de lo que se dice. Dos preferencias en el mismo contexto no coinciden en lo que se dice si producen implicaturas conversacionales distintas. La indesligabilidad es una condición necesaria, excepto cuando la implicatura depende de explotar una máxima de modo o cuando no hay ninguna alternativa para decir lo

20 Para Carston (2002), sin embargo, parte de los contenidos proposicionales metafóricos, aquella parte recuperada contextualmente mediante el seguimiento del Principio de Relevancia, es cancelable. Su propuesta es que la cancelabilidad también se aplica a las explicaturas y no solo a las implicaturas. A nuestro juicio, no hay modo de saber cómo la cancelabilidad sería aplicable a los significados provisionales metafóricos. Autores como Burton-Roberts (2010) también rechazan esta propuesta relevantista.

que se dice. La indesligabilidad no se aplica a lo que se dice en tanto es un criterio de dependencia de un contenido proposicional con respecto a lo que se dice o contenido proposicional dicho.

Aunque los contenidos proposicionales metafóricos han de concebirse como implicaturas que dependen, en la teoría de la implicatura modificada, de la burla de la primera máxima de cantidad más que de la primera máxima de calidad, deberían ser en cualquier caso indesligables de lo que se dice; esto es, no debería de haber un modo de decir, en el mismo contexto, *que el cielo está llorando* sin sugerirse *que está lloviendo*. El problema de la teoría de la implicatura modificada es que debe reconocer que el hablante no ha dicho nada porque no hay modo de componer un contenido proposicional a partir de los significados lingüísticos de las partes proferidas. ¿De qué contenido proposicional sería indesligable el contenido metafórico?²¹

Si la teoría de la implicatura modificada es correcta, los contenidos metafóricos se identifican y elaboran desde contenidos subproposicionales y no desde una proposición literal. Por ello, no dependen de lo que se dice literalmente. En este sentido, la indesligabilidad, una condición necesaria para cualquier implicatura que no dependa de la explotación de una máxima de modo, no puede aplicarse directamente a los contenidos proposicionales metafóricos. Estrictamente hablando, a los contenidos metafóricos no se les aplica el rasgo de la indesligabilidad de lo que se dice.

El último rasgo de las implicaturas conversacionales que queremos enfatizar es la independencia de las condiciones de verdad de la implicatura con respecto a las condiciones de verdad de la preferencia. Una implicatura (convencional o conversacional) no fija las condiciones de verdad de la preferencia de una oración porque las implicaturas, como Grice nos enseñó, no se aseveran sino que meramente se sugieren. Lo que hace que

21 Si con una preferencia metafórica no se dice literalmente una proposición, la indesligabilidad del contenido proposicional metafórico podría a lo sumo entenderse como indesligabilidad de los contenidos literales subproposicionales. Si esta noción de *indesligabilidad* fuese aceptable, la indesligabilidad se aplicaría a los contenidos proposicionales comunicados que no sean literales. De este modo, sería un rasgo que no permitiría la discriminación entre contenido proposicional implicaturado y lo que se dice no-literalmente. Los contenidos metafóricos serían indesligables y no lo serían los que se dicen literalmente.

una proposición dicha sea diferente de una implicaturada es, entre otras cosas, que la proposición dicha se ha aseverado y por ello nuestra preferencia no puede ser verdadera si el contenido proposicional dicho no lo es.²² Las condiciones de verdad de una preferencia se fijan por lo que se dice. Una proposición fija las condiciones de verdad de una preferencia de una oración si es absolutamente imposible para la preferencia ser verdadera sin que la proposición lo sea. En contraposición, la implicatura puede ser falsa mientras que la preferencia puede ser verdadera.²³

Así, para el teórico de la implicatura, la verdad o falsedad de la proposición implicaturada mediante (1), *que está lloviendo*, no afecta a su evaluación. Si las proposiciones metafóricas son implicaturas, las preferencias metafóricas, como (1), no expresan ninguna proposición sobre cuya base se pueda evaluar su verdad. Si la verdad o falsedad de *que está lloviendo* no afecta a la evaluación de (1), la preferencia no fija condiciones de verdad mediante las cuales pueda evaluarse. Por ello, el valor de verdad de la preferencia de «El cielo está llorando», no parece ser independiente del valor de verdad del contenido proposicional metafórico, de la proposición que el teórico de la implicatura diría que meramente se sugiere. Pero si no parece independiente es porque, en caso de que no esté lloviendo, la preferencia (1) más que ser desorientadora es falsa. Los contenidos proposicionales metafóricos se aseveran y no meramente se sugieren. De hecho, cuando se niega una preferencia metafórica, lo que se niega es que sea verdadero aquello que se asevera con ella. Un ejemplo de esto es cuando el personaje principal de la película *Un niño grande* niega que sea verdadera la metáfora «Ningún hombre es una isla» porque hay casos en los que sí que los hombres son islas, es más, él afirma ser Ibiza.

22 Este rasgo no puede estar presente en las implicaturas de los relevantistas en tanto que ellos no reconocen que haya un cambio en la fuerza ilocucionaria asociada al contenido implicaturado. Las implicaturas también se aseveran. Para ellos las implicaturas son contenidos proposicionales pragmáticamente inferidos que no son un desarrollo de la forma lógica de la preferencia. Pero, si las implicaturas se aseveran ¿cómo pueden pasar la prueba de la cancelabilidad? Esto pone de manifiesto que las implicaturas relevantistas tienen poco que ver con las griceanas.

23 Entender este rasgo de las implicaturas requiere cierto cuidado. Como Bach (2005) señala, las implicaturas forman parte de los contenidos veritativo-condicionales de las preferencias, pero si su evaluación resultara ser falsa, no acusaríamos al hablante de perjurio sino más bien de desorientar al oyente en tanto ha comunicado algo falso.

TABLA 3
RASGOS DE LOS CONTENIDOS PROPOSICIONALES

	<i>Implicaturas conversacionales</i>	<i>Contenido metafórico</i>	<i>Lo que se dice</i>
Cancelabilidad	+	–	–
Indesligabilidad de lo que se dice	+	No aplicable	No aplicable
Independencia Veritativo-condicional	+	–	–

En resumen, como puede verse en la tabla 3, los contenidos metafóricos no son cancelables, no se les aplica el rasgo de la indesligabilidad de lo dicho, y su valor de verdad no es independiente del valor de verdad de la preferencia. Si esto es así, hacer que los contenidos metafóricos caigan bajo la categoría de implicaturas conversacionales implica que la teoría de la implicatura tendría que abandonar los rasgos que caracterizan a los contenidos proposicionales implicaturados, al menos en la noción original de *implicatura*. Además, cambiaría estos rasgos para asimilar los contenidos proposicionales implicaturados a los contenidos proposicionales dichos, que tienen esos tres rasgos tanto si lo que se dice se dice convencionalmente como si se dice no convencionalmente (debido a que se admita una influencia contextual amplia en lo que se dice).

Ahora bien, lo que interesa remarcar es el hecho de que los rasgos del contenido proposicional metafórico coinciden con los de lo que se dice, y que si queremos clasificar los contenidos metafóricos con respecto a una de las dos nociones involucradas en el debate, parece que es más coherente considerar al resultado de la interpretación metafórica en el plano de lo que se dice. Esta posición, además, junto con la propuesta de que los contenidos proposicionales metafóricos se elaboran aplicando un proceso que actúa sobre el significado de los constituyentes, nos lleva a defender que un proceso de interpretación, cuando opera sobre los significados lingüísticos de los constituyentes oracionales, característicamente produce contenidos incluidos en la proposición intencionada por el hablante o en lo que se dice. El punto de partida de las implicaturas particularizadas en cambio es el contenido (ya sea proposicional o subproposicional) y no el significado lingüístico. Las implicaturas conversacionales particularizadas son proposiciones que no se recuperan a partir del significado lingüístico sino a partir del contenido y el contexto. El punto de partida de lo que se dice

(convencional o no-convencionalmente) es, como ocurre con la metáfora, el significado lingüístico. En la interpretación metafórica obtenemos una proposición intencionada que incluye contenidos provisionales metafóricos subproposicionales, una proposición que fija las condiciones de verdad de la preferencia metafórica bajo el modo de presentación impuesto por el significado provisional metafórico de los constituyentes de la oración. En este sentido, cuando defendemos la noción de *lo que se dice metafóricamente*, ponemos en cuestión la propuesta de que lo que se dice se dice siempre literalmente. Pero esto ya lo sospeché Grice cuando en su «Epílogo Retrospectivo» (1987/1989: 361) propuso que hay casos de dictividad sin formalidad. Lo que se significa no-convencionalmente puede también decirse.²⁴

14.4. Conclusión: literalismo frente a contextualismo en metáfora

Una vez que aceptamos que lo que se dice puede decirse metafóricamente, queda la cuestión de saber si la mejor explicación sobre la activación y producción del significado metafórico conduce a una posición «literalista» o a una posición contextualista de lo que se dice metafóricamente. Como señalamos en la sección 14.1, un contextualista defiende que lo que el hablante dice no siempre lo dice literalmente, defiende también que lo que se dice (el contenido veritativo-condicional de la preferencia) es un aspecto del significado del hablante y defiende que lo que se dice mediante una preferencia debería explicarse considerando procesos pragmáticos primarios opcionales, procesos que se activan independientemente de los rasgos sintácticos y semánticos de la oración proferida. Un contextualista en metáfora, por ello, ha de defender que las metáforas se interpretan con un proceso pragmático primario opcional. Un literalista, en contra de lo

²⁴ Los ejemplos de dictividad sin formalidad son casos como el de la oración «Él es evangelista» proferido en un contexto en el que él no es literalmente evangelista. El hablante quiere decir lo que de hecho sus palabras dicen; pero algunas de sus palabras serían dictivas y su contenido sería no formal (no-convencional) ya que nada de su significado convencional estaría involucrado en lo dictivo. Con la preferencia de «Él es evangelista», el hablante dice *que él es santurrón, hipócrita, racista, reaccionario, avaro* y el significado convencional de «evangelista» no interviene en lo que se dice.

que podría parecer, puede aceptar las dos primeras propuestas contextualistas. Lo que nunca podría defender un literalista es que lo que se dice se explica considerando algún proceso pragmático opcional. El problema ahora es saber si lo que se dice metafóricamente se logra por un proceso obligatorio o por un proceso opcional.

En nuestra opinión, lo que se dice metafóricamente se logra mediante un proceso pragmático subproposicional que, aunque no siempre está demandado lingüísticamente, nunca es opcional desde el punto de vista veritativo-condicional. Su carácter obligatorio se debe al hecho de que los portadores metafóricos no pueden fijar una proposición literal. La identificación metafórica lograda por los dos criterios mencionados en la sección 14.2.2, bloquea la interpretación literal para evitar una ruta que no conduce a ningún contenido proposicional (ni siquiera conduce a un contenido proposicional irrelevante) y activa el mecanismo de la interpretación metafórica. Por ello, los enfoques que defienden el carácter obligatorio de la demanda de interpretación metafórica serían en este aspecto correctos. Ninguna proposición expresada por una preferencia metafórica puede ser literal. Con el debido respeto a Davidson, en nuestra propuesta, las metáforas significan lo que las palabras, en su interpretación más metafórica, significan.²⁵

Bibliografía

- BACH, K. (1999), «The Myth of Conventional Implicature», *Linguistics and Philosophy*, 22, 327-366.
 — (2005), «The Top 10 Misconceptions about Implicature», en B. BIRNER y G. WARD (eds.), *A Festschrift for Larry Horn*, Amsterdam, John Benjamins.
 — y R. HARNISH (1979), *Linguistic Communication and Speech Acts*, Cambridge, MIT Press.
 BEZUIDENHOUT, A. (2001), «Metaphor and What is Said: A Defense of Direct Expression View of Metaphor», *Midwest Studies in Philosophy*, 25, 156-186.

²⁵ La parte del famoso pasaje de Davidson aquí rechazada es: «... las metáforas significan lo que significan las palabras, en su interpretación más literal...» (Davidson, 1978: 31).

- BLACK, M. (1954), «Metaphor», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 55, 273-294. [Trad. cast.: «Metáfora», en L. VALDÉS (2005), *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos].
- (1977), «More About Metaphor», *Dialectica*, 31 (3-4), 431-457.
- BOWDLE, B. y D. GENTNER (2005), «The Career of Metaphor», *Psychological Review*, 112, 193-216.
- BURTON-ROBERTS, N. (2010), «Cancellation and Intention», en B. SORIA y E. ROMERO (eds.), *Explicit Communication: Essays on Robyn Carston's Pragmatics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan (Palgrave Studies in Pragmatics, Language and Cognition), 138-155.
- CARSTON, R. (2002), *Thoughts and Utterances: The Pragmatics of Explicit Communication*, Oxford, Blackwell.
- (2010), «Metaphor: Ad hoc Concepts, Literal Meaning and Mental Images», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 110 (3), 295-321.
- CLARK, H. (1979), «Responding to Indirect Speech Acts», *Cognitive Psychology*, 11, 430-477.
- COOPER, D. (1986), *Metaphor*, Oxford, Basil Blackwell, Aristotelian Society Series, 5.
- DAVIDSON, D. (1978), «What Metaphors Mean», *Critical Inquiry*, 5, 31-47. [Trad. cast.: «Lo que significan las metáforas», en L. VALDÉS (2005), *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos].
- GENTNER, D. (1983), «Structure-Mapping: A Theoretical Framework for Analogy», *Cognitive Science*, 7, 155-170.
- GERRING, R. (1989), «Empirical Constraints on Computational Theories of Metaphor: Comments on Indurkha», *Cognitive Science*, 13, 235-241.
- GIBBS, R. W. (1982), «A Critical Examination of the Contribution of Literal Meaning to Understanding Nonliteral Discourse», *Text*, 2 (1-3), 9-27.
- (1984), «Literal Meaning and Psychological Theory», *Cognitive Science*, 8, 275-304.
- (1986), «Skating in Thin Ice: Literal Meaning and Understanding Idioms in Conversation», *Discourse Processes*, 9, 17-30.
- (1992), «When is Metaphor? The Idea of Understanding in Theories of Metaphor», *Poetics Today*, 13 (4), 574-606.
- (1994), *The Poetics of Mind: Figurative Thought, Language and Understanding*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GILDEA, P. y S. GLUKSBERG (1983), «On Understanding Metaphor: The Role of Context», *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 22, 577-590.
- GIORA, R. (1999), «On the Priority of Salient Meanings: Studies of Literal and Figurative Language», *Journal of Pragmatics*, 31, 919-929.

- GLANZBERG, M. (2005), «Presuppositions, Truth Values, and Expressing Propositions», en G. PREYER y G. PETERS (eds.), *Contextualism in Philosophy: Knowledge, Meaning, and Truth*, Oxford, Oxford University Press, 349-396.
- GOODMAN, N. (1968), *Languages of Art. An Approach to a Theory of Symbols*, Indianapolis, The Bobbs-Merrill. [Trad. cast.: J. Cabanes, *Los Lenguajes del Arte*, Barcelona, Seix Barral, 1976].
- (1979), «Metaphor as Moonlighting», *Critical Inquiry*, 6, 125-130. [También puede encontrarse en Sh. SACKS, (ed.), *On Metaphor*, Chicago, Chicago University Press, 175-180, y en M. JOHNSON, (ed.) (1981), *Philosophical Perspectives on Metaphor*, Minnesota, University of Minnesota Press, 221-227].
- GRICE, H. P. (1961), «The Causal Theory of Perception», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 35, 121-152.
- (1975), «Logic and Conversation», en P. GRICE (ed.) (1989), *Studies in the Way of Words*, Cambridge, Harvard University Press, 22-40. [Trad. cast.: «Lógica y Conversación», en L. VALDÉS (2005), *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos].
- (1978), «Further Notes on Logic and Conversation», en P. GRICE (ed.) (1989), *Studies in the Way of Words*, Cambridge, Harvard University Press, 41-57.
- (1987), «Retrospective Epilogue», en P. GRICE (ed.) (1989), *Studies in the Way of Words*, Cambridge, Harvard University Press, 339-386.
- GUTTENPLAN, S. (2006), «The Transparency of Metaphor», *Mind and Language*, 21 (3), 333-359.
- INDURKHA, B. (1992), *Metaphor and Cognition: An Interactionist Approach*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- INHOFF, A., S. LIMA y P. CARROLL (1984), «Contextual Effects on Metaphor Comprehension in Reading», *Memory and Cognition*, 12, 558-567.
- KEYSAR, B., y S. GLUCKSBERG (1992), «Metaphor and Communication», *Poetics Today*, 13 (4), 633-658.
- KITTAY, E. F. (1987), *Metaphor*, Oxford, Clarendon Press.
- ORTONY, A., D. SCHALLERT, R. REYNOLDS y S. ANTOS (1978), «Interpreting Metaphors and Idioms: Some Effects of Context on Comprehension», *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 17, 465-477.
- RECANATI, F. (1987), *Meaning and Force: The Pragmatics of Performative Utterances*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1995), «The Alleged Priority of Literal Interpretation», *Cognitive Science*, 19, 207-232.
- (2004), *Literal Meaning*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2010), *Truth-Conditional Pragmatics*, Oxford, Oxford University Press.

- RICHARDS, I. A. (1936), *The Philosophy of Rhetoric*, London, Oxford University Press.
- ROMERO, E. (1990/91), «Las metáforas y el significado metafórico», *La balsa de la Medusa*, 15-17, 59-80.
- (1991), «Los portadores metafóricos», *Actas del VI Congreso de Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales*, 883-897.
- (1992), «Implicaturas conversacionales y principio de composicionalidad», *Actas del VIII Congreso de Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales*, 531-538.
- (2011), «Implicatura convencional/conversacional», en L. VEGA y P. OLMOS (eds.), *Compendio de lógica, argumentación y retórica*, Madrid, Trotta, 284-291.
- y B. SORIA (1997/8), «Stylistic Analysis and Novel Metaphor», *Pragmalingüística*, vols. 5 y 6, 373-389.
- y B. SORIA (2003), «Comunicación y metáfora», *Análisis filosófico*, 23 (2), 167-192.
- y B. SORIA (2005), «Metaphoric Concepts and Language», en J. J. ACERO y P. LEONARDI (eds.), *Facets of Concepts*, Padova, Il Poligrafo, 185-208.
- y B. SORIA (2006), «Novel Metonymy and Novel Metaphor as Primary Pragmatic Processes», en P. GUERRERO MEDINA y E. MARTÍNEZ JURADO (eds.), *Where Grammar Meets Discourse. Functional and Cognitive Perspectives*, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba, 21-35.
- y B. SORIA (2007), «A View of Novel Metaphor in the Light of Recanati's Proposals», en M. J. FRÁPOLLI (ed.), *Saying, Meaning and Referring. Essays on François Recanati's Philosophy of Language*, Basingstone, Palgrave, 145-159.
- y B. SORIA (2010), «On Phrasal Pragmatics and What is Descriptively Referred to», *Croatian Journal of Philosophy*, x (28), 63-85.
- y B. SORIA (en prensa a), «Challenges to Bach's Pragmatics», *Croatian Journal of Philosophy*.
- y B. SORIA (en prensa b), «Anomaly in Novel Metaphor and Experimental Tests», *Journal of Literary Semantics*.
- SEARLE, J. (1979), «Metaphor», en J. SEARLE (ed.), *Expression and Meaning. Studies in the Theory of Speech Acts*, Cambridge, Cambridge University Press, 76-116. [Trad. cast.: «Metáfora», en L. VALDÉS (2005), *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos].
- SPERBER, D., y D. WILSON (1986), *Relevance. Communication and Cognition*, Oxford, Blackwell. [La edición de 1995 incluye un epílogo y está publicada en Cambridge, Harvard University Press]. [Trad. cast.: *La relevancia: comunicación y procesos cognitivos*, Madrid, Visor, 1994, 1.ª edición].
- STANLEY, J. (2005), «Semantics in Context», en G. PREYER y G. PETERS (eds.), *Contextualism in Philosophy: Knowledge, Meaning, and Truth*, Oxford, Oxford University Press, 221-253.

- STERN, J. (2006), «Metaphor, Literal and Literalism», *Mind and Language*, 21 (3), 243-279.
- WAY, E. C. (1991), *Knowledge Representation and Metaphor*, Dordrecht, Boston and London, Kluwer Academic Publishers.
- WILSON, D., y R. CARSTON (2006), «Metaphor, Relevance and the "Emergent Property" Issue», *Mind and Language*, 21 (3), 404-433.
- y D. SPERBER (2004), «Relevance Theory», en L. HORN y G. WARD (eds.), *The Handbook of Pragmatics*, Oxford, Blackwell, 607-632. [Trad. cast.: «La teoría de la relevancia», *Revista de Investigación Lingüística*, VII, 237-286].